

OFICIO DE AMBAGES

Por 1989 Acción Cívica y Editorial de Nuevo León publicaba un libro de narraciones de Hugo Valdés titulado *Las visiones de Edipo y otros relatos*. Entre ellos descubrimos (y a continuación reproducimos un fragmento de) “Oficio de ambages”, basado en una seductora casa en la esquina de Padre Mier y Vallarta, entonces lejos de ser la ahora Casa Universitaria del Libro.

La memoria erige el tiempo.
Jorge Luis Borges

■ HUGO VALDÉS

Mis pretensiones de ir el lugar que antes ya había colocado en mi obsesivo repertorio mental fueron tal vez poco o nada dignas de la más elemental de las sospechas. El lugar es propio para satisfacer las necesidades comunes que mantienen de pie y funcionando al hombre. Me enteré de la repentina y actual situación del sitio oyendo interminables mensajes pronunciados constantemente en el radio. Desconozco perdidamente en qué aviso noté cuál era la casa convergente con la dirección: Fray Servando Teresa de Mier, única calle respetable del viejo Monterrey, y Vallarta. Recordé el estado inaccesible en que estaba. También que gradualmente habían estado arreglándola. Pero nunca imaginé que para tan poco noble propósito.

La figura lejana de la casa ofrece una memorable estampa, un deleite completo, aunque resignadamente visual. Y de cerca, conocida en la mayoría de sus detalles — bellos, pero que no cesan de parecer y ser disímiles, disparatados—, es una posibilidad sobrecogedora para caer dentro de cualquier orden de narración.

Se podría lograr que viviese una familia con su compleja historia en las cortas y contadas páginas de un cuento, siendo que realmente quienes habitaron la casa pudieron haber sumado apenas tres personas, un trío solitario. Y que un grupo de jóvenes buscara en sus adentros la esperanza de un súbito miedo.

Posibilidades ignotas; un requiebro de consistencia literaria es difícil de hacerse cuando el panorama es otro.

TRECE

La tarde deliraba en su propia belleza. Enrique paseaba por el jardín, solo, acompañado únicamente de antiquísimos recuerdos. Entró el pórtico de la casa que regaló a Ángela y que solamente cambió de propietarios. La casona que los tuvo felices, dueños de la hermosura, despartados, fuera del mundo, concentrados en el amor que dejó de crecer cuando los dos envejecieron.

Entonces el hombre se refugió en carne joven. Y creyó que su actitud debía ser exonerada. Pero ella no pudo asimilar esa conducta.

Enrique cubrió con la mano el picaporte de la puerta. Roberto seguirá su vida aparte

de nosotros, al margen. Y no es que él se desinterese, no. Los problemas de dos, entre dos se resuelven. Su fortaleza espiritual lo ayuda a soportarlo todo. En cambio, Alejandro.

— 0 —

La cena estuvo sencilla, exenta de los alardes gastronómicos de Ángela. Enrique preguntó por sus hijos. Ella respondió con una mirada de esperanza. Lo había mirado con algo similar a la ternura, pero con la evidente certeza de que en sus ojos claros vivían sólo los recuerdos de un Enrique omnipotente.

Recordó a Ángela en la mesa, pacto de negocios entre su padre y él. La atmósfera llena de seriedad y de una correspondencia entre los dos jóvenes. El viejo padre de Ángela intenta con agudos recursos poner en pie falso a Enrique, y las cejas rubias de ella declinan, intentan unirse al fruncir el ceño por tan visibles intenciones.

—No han llegado. Roberto se fue con Olga, Alejandro con los amigos. Se vuelve loco si no sale; volvió a su silencioso desdén.

Enrique no habló más. Se daba cuenta del error y de que todo continuaría igual. Que el amor de su esposa había terminado y caído sin remedio en el pozo de aquel silencio. Se levantó de la silla. Ella no contestó las cuatro palabras que su marido decía siempre el irse y que ella ignoraba siempre:

—Me voy para arriba.

Ángela soltó una lágrima que acabó como una estela desgastada en su cara.

— 0 —

Alejandro pasó de largo por el cuarto de Roberto. Era muy noche. Su hermano se veía plácido al dormir, igual que despierto. Cerró la puerta de su habitación. Los ojos entreabiertos, una vuelta en la cama, otra, y varias más. Hasta que perplejo y resignado se da cuenta de que otra noche padecerá insomnio.

No vences el cúmulo de disparatadas ideas que guardas; no consigues darles orden. Oyes rumores en el cuarto de tus padres. Hilvanas de estos rumores una coherencia verbal. Ya no duermes. Das forma a los murmullos de acuerdo el molde que ya tienen. Los rumores crecen y minan tus oídos. Cambian de naturaleza: son penetrantes zumbidos que te hacen comprender, después de un momento, su falsía, su inexistencia. Escuchas invenciones que la costumbre fabricó. La tediosa

costumbre... Te habituarás a oírlos a menudo. Durante esta noche y todas las demás. Mañana.

Hasta que logres desligarte totalmente de tu estadio familiar y del nicho dinástico: la casa.

QUINCE

De nuevo más bebidas para todos. Yo dejo de beber, para no impedir la lucidez del futuro relato. Debo prestar mayor atención a todos los detalles de la casa, a todos los trueques obligados por la comercialidad: la barra del bar, por ejemplo, que ocupa sólo la mitad de un ala larga y cuya estratagema para la división del espacio es el uso de una oscurísima tela a manera de toldo.

Está finalizando el Zorba, que según un buen amigo, sentado opuestamente a mí, el guitarrista ha tocado bien. Su juicio me es valedero, y debe serlo para el que sea, porque mi amigo sabe de música. Y también armar cierto clima de jocosidad: ha sido él quien me ha incitado para que demuestre unas dotes de bailarín que ciertamente no poseo.

No me centro en los rostros de los demás. No quiero hacer una minuciosa descripción de sus momentáneas actitudes, sino un conteo esquemático de lo que puede ser una difusa silueta para contribuir al reino de la ambigüedad: alguien que habla de impartir clases y fuma, dos que fingen estar borrachos, adoptando un tono de voz desfigurado, unas que piden canciones y que las celebran el ser tocadas en la guitarra, y el que está pensando en escribir.

Y pienso ahora en los motivos que me hicieron penetrar en la historia de una casa que, no menos digna de recibir elogios desde la ignorancia por su arquitectura dispar, no deja de ser una obra hecha únicamente por las manos de algún hombre. Al darle tanta importancia —tratar de retratarla en unas páginas—, la presencia del hombre o del personaje quedaría de lado.

Lo que yo intentaría hacer, penosamente, sería un gran acto de vanidad. Antes de partir de aquí, y de tomar mis pasos y dirigirlos hacia la calle vieja que está afuera, me he largado ya, decepcionado, de la entelequia ridícula que he alzado con este lugar. Y no sé qué me fastidia más: la finalidad comercial y estúpida de lo que pudo ser panacea para mis obsesiones —esta casa— o las intenciones de mi escritura.

La casa de Padre Mier y Vallarta me parece ahora un pobre desvarío de la imaginación.